

SAN JOSE, COSTA RICA

30 Abril de 1912

Año II



Núm. 32

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCO, Editor.

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) \$ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

SOCIOLOGIA

El Proletariado emancipador. VIII - ¡Solidaridad!
¡Fraternidad!..... *Anselmo Lorenzo*

Conferencias populares sobre Sociología. VIII -
Solidaridad - Instrucción
Libertad - Igualdad - Fraternidad - Conclusión.... *A. Pellicer Paraire*

CONTRIBUCION AJENA

El sainete electoral..... *José Ingegneros*
Para hacer reflexionar.... *Reclus, Zola, Bhartrihari*

PAGINAS LITERARIAS

El alba..... *José T. Ortega*
Niñas y pájaros..... *Teresa Masferrer C.*

DE TODO Y DE TODOS... *E. J. R.*

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA
Imprenta Alsina

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

Acusando recibo

Obras de José Fabio Garnier.—*El Retorno, La Última Escena, Nada* (Costa Rica, Librería Española de María v. de Lines, 1912).

Aplaudimos al joven autor. A pesar de no corresponder los argumentos á las realidades que nos son conocidas, hemos leído las tres piezas con interés y con emoción. Son composiciones de las que dejan en la mente una grata impresión de buenos sentimientos y verdadera virtud.—E. J. R.

Obras de Antonio Fogazzaro.—*El misterio del poeta.*—*Daniel Cortis.*

La muerte del insigne novelista y poeta lírico italiano, acaecida hace poco más de medio año, tuvo resonancia en todo el mundo literario.

Fogazzaro trabajó durante medio siglo con maravillosa perseverancia por hallar su idea artística, en el que, los efectos estéticos, se uniesen en íntima alianza con la alta misión educadora, siguiendo en esto la escuela de Manzoni. Los certámenes de almas, por los que Fogazzaro sintió verdadera predilección, son, en el fondo, emanaciones de la psicología de Beyle (Stendhal), puesta en boga por Pablo Bourget, y en forma más traviesa, por el inolvidable Maupassant.

Las novelas de Fogazzaro pintan con frecuencia, la lucha de ideas entre un hombre inteligente, culto y virtuoso y una mujer joven, bella y apasionada.

Los libros de Fogazzaro, según expresión de un gran escritor, son deliciosas narraciones de poesía y humorismo que á veces terminan en patéticos dramas.

El misterio del poeta que fué una de sus primeras obras, y de las más hermosas, y el célebre *Daniel Cortis*, cuya aparición sensacional, le colocó en seguida entre los primeros novelistas italianos, son los dos libros que acaban de publicarse, esmeradamente traducidos por el señor Godó y perfectamente editados por la casa Maucci de Barcelona.

Esta primera edición popular de las obras escogidas de Fogazzaro, tiene por objeto difundir su nombre en España y América á cuyo fin se ha fijado el mínimo precio de 1 peseta (\$ 0-50) cada tomo. Próximamente irán viendo la luz las demás obras de este autor insigne.

Ad.

Damos acuse de recibo del folleto *El carnaval—Su crítica é historia*, editado por la agrupación «Tiempos Nuevos», de Montevideo.

Agradecemos el obsequio.

San José, Costa Rica

30 Abril de 1912

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 32

El Proletariado emancipador

VIII

¡Solidaridad! ¡Fraternidad!

En resumen: la humanidad es una, pero vive en una sociedad dividida en clases.

Por esa división y esa clasificación, la unidad humana se halla dificultada y aun negada.

Cada clase tiene su antagónica en todas las otras clases, y sus relaciones son de dominio y de sumisión, de desconfianza y odio.

Pero dividida y aun en lucha intestina, la unidad persiste y se manifiesta de una manera poderosa y brillante, ofreciendo la enorme contradicción de coexistir la lucha de clases, en que los hombres nos destrozamos mutuamente, y la solidaridad humana, en que el pensamiento libertador y el descubrimiento benéfico se extienden rápidamente por todo el mundo para bien de todos sus habitantes.

Entre la burguesía propietaria y capitalista y el proletariado trabajador y jornalero media el abismo de la explotación, y, no obstante, hijos del privilegio, abismados en sus gabinetes y en sus laboratorios, estudian, analizan y combinan, dando a la ciencia, al arte y a la industria grandiosidad mundial.

Las antiguas clases tenían divisiones infranqueables: las castas eran entre los hombres divisiones más inasimilables que las especies más opuestas en la escala zoológica; más distancia ha-

bía entre un paria y un brahman que entre un insecto y una ballena. Un amo y un esclavo, un señor y un siervo, un noble y un plebeyo eran de tan diferente condición y aprecio como una rosa fragante y un abrojo rasposo.

El altruismo filosófico y científico dispuso esas diferencias y anuló esas divisiones; pero el egoísmo privilegiado se aferró al sostenimiento de los intereses creados, y la verdad quedó postergada ante los fueros de la legalidad, que ocupó el lugar que correspondía a la justicia.

La desigualdad, que alcanzó en la sociedad humana formas tan colosales, se sostiene hoy agarrada al dinero; pero esa última defensa, aunque presenta formas tan formidables como la acumulación representada por los archimillonarios, es como fortaleza edificada sobre arena: un vicio, una pasión, un cálculo equivocado, una jugada de bolsa, un heredero pródigo derrochan una gran fortuna, mientras un cualquiera psicólogo, calculador y avaro se eleva desde traperero a gerente de uno de esos trusts que absorben riquezas inmensas. Un Pérez, un Sánchez o un López que en su infancia recogió colillas posee espléndidos palacios, en tanto que en las listas de hospitales y asilos figuran aristocráticos apellidos llevados por hambrientos de sangre azul.

La desigualdad ha recorrido en el mundo desde la inmovilidad de las castas hasta la movедiza posesión del mugriento y asqueroso billete de banco.

Hemos llegado a un punto en que la desigualdad está a punto de desarraigarse, de desprenderse, de desaparecer. No hay clase oprimida en la historia en situación tan ventajosa como la nuestra: los asalariados de hoy, descendientes de los parias, de los ilotas, de los esclavos y de los siervos, podemos esperar racionalmente y con toda seguridad aquella emancipación que inscribió La Internacional en su programa, a condición de no olvidar que *los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes.*

El proletariado que hoy se agita, se organiza y planta cara a esa burguesía dominante y heredera de todos los privilegios históricos, es, no sólo su propio emancipador, sino el emancipador y el libertador de sus mismos tiranos. Verdad es que el progreso se verifica con el concurso de todas las actividades humanas, vengan de donde vinieren; no es menos cierto que en el libro de oro de la ciencia se hallan inscritos nombres de estirpe real junto a los de más baja extracción; pero el hecho de constituir colectividad libertadora como entidad social, es un

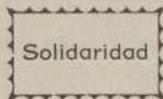
honor que sólo corresponde al proletariado.

Triste es que una gran parte de ese proletariado continúe siendo masa informe de comparsas para la procesión y para la manifestación, para la misa y para el voto; que otra haya ingresado en el socialismo que se agita aspirando al poder político; que otra se aburguese en el socialismo utilitario que resiste hasta cierto punto o coopera en busca de gangas gananciales; que otra haya ingresado en el anarquismo con ínfulas super-hombristas o con energías ardillescas, productoras de acción perturbadora, que llena cárceles y consume inútilmente céntimos solidarios; pero al fin lo positivo, lo consolador, lo esencialmente revolucionario y transformador es esa parte del proletariado que, con la acción sindicalista y la más pura orientación anarquista, guía a la humanidad por la vía progresiva hacia la ciudad ideal.

Con noble orgullo, con entusiasmo que arranca del más puro sentimiento, os considero, me considero, nos consideramos componentes de ese proletariado salvador que se opone a la acción general de las llamadas clases directoras, y nos sentimos con energías suficientes para cumplir nuestros propósitos confundidos entre los compañeros que forman las falanges orientadoras, niveladoras y precursoras de la sociedad futura.

ANSELMO LORENZO

CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA



Entre los fundamentos naturales de una sociedad libre, hemos de incluir el principio de *solidaridad*, que abarca la idea de reciprocidad, el más bello concepto de justicia y fraternidad práctica.

Recordemos cómo el trabajo socializado relaciona y agrupa a los hombres, cómo desarrolla la asociación en vasta escala, constituyendo los elementos de sociabilidad, y cómo el libre acuerdo enlaza y completa la organi-

zación social. Toda esa progresión de necesidades ineludibles, desde la conservación del individuo al bienestar general de la comunidad, satisfechas naturalmente, desarrolla el espíritu de fraternidad sincero, positivo, porque es también una necesidad del ser humano y del ser social, so pena de no haber sociedad posible, y porque nada hay que lo impida, lo vicie o lo anule; lo contrario hoy sucede, por las muchas razones que hemos expuesto, que hacen antagónicos todos los intereses

y enemigos a todos los hombres. Destruídas las causas productoras del desorden social, la humanidad será buena y altruista hasta por egoísmo.

Ahora bien: es una deducción lógica del estado social bosquejado que la solidaridad será un hecho; pues cada individuo, como cada colectividad, atraviesa períodos sumamente críticos, durante los cuales necesitan del apoyo, de las atenciones y cuidados de los otros individuos o de las otras colectividades. No es menester gran discurso para convencerse de ello. Todo individuo, en su infancia, en sus enfermedades, en su vejez, está imposibilitado de atenderse, y, por tanto, necesita del apoyo de los demás. Estas circunstancias difíciles las sufren todos los seres indistintamente; y claro es que en el interés, en la conveniencia, hasta en el egoísmo de todos está arreglar las cosas de manera que el necesitado sea cuidado con cariñoso celo; aun sin contar que sobra bondad para que espontáneamente se acuda a mitigar toda pena y a conllevar toda situación delicada.

También los pueblos más previsores hállanse sujetos a las brusquedades de la Naturaleza, que no siempre es la bondadosa y vivificadora madre; a veces es bien hosca y salvaje, y siembra la destrucción y la muerte por doquier, por medio de huracanes, terremotos, inundaciones, granizo o helada, que asolan los campos, derrumban edificios, cortan vidas y anulan esfuerzos innumerables. ¿Qué pueblo, qué comarca, no sufre alguna vez tales desdichas? Luego, aunque no sea más que por reciprocidad, se impone en la conciencia humana el deber de auxiliar con todos los recursos sociales a los pueblos desgraciados por los que han tenido la dicha de librarse del infortunio. A pesar de la insolidaridad de la sociedad presente, algo se hace en este sentido, y cada vez con más notoria filantropía y actividad; ¿qué no cabe esperar de una sociedad más perfecta, en la que el egoísmo grosero no tendrá razón de ser?

El principio de la solidaridad es na-

tural y muy humano. Es una consecuencia de la asociación en todos los seres y una resaltante cualidad en el hombre. La solidaridad no es, por cierto, ni la humillante caridad, ni la vanidosa filantropía, formas degeneradas del sentimiento de la solidaridad: es la reciprocidad; es el derecho del coasociado, así para los goces como para los infortunios; es el característico humanismo de la civilización verdadera. La generosidad humana es muy grande, y ella sola es capaz, como lo tiene probado, de cumplimentar esas necesidades individuales y colectivas; pero el hombre no quiere depender de la generosidad, que puede a veces ser insuficiente o tardía; él afirma el derecho al mutuo apoyo, a los recursos sociales para toda adversidad; pues para esto vive en sociedad, para esto contribuye al patrimonio común y al general bienestar cuando se halla en condiciones de hacerlo; y justo es también que se establezca la reciprocidad en caso adverso. No viene el niño a pedir el calor de un hogar que no ha solicitado; no quiere el anciano implorar un auxilio después de haber dado toda su savia a la sociedad; no puede reclamar un socorro la mujer en sus penosos trances, cumpliendo una ley natural renovando la humana especie; no: es la asociación, es la sociedad, es la humanidad que se apresura, por su bien, por su respeto, por su alta afectividad, a recibir al niño con ternura, a ofrecer solícito el brazo al anciano, a cuidar a la mujer en sus más importantes funciones; y todo ello habiendo organizado las convenientes instituciones con los más poderosos recursos de la Ciencia, embellecidas por el Arte y atendidas por todos con fraternal amor.

La solidaridad, pues, quedará instituída en la sociedad libre, como la libertad, como el derecho, como la justicia, como fundamento social.

Instrucción

Garantida la subsistencia del individuo por el trabajo fácil, higiénico y recreativo;

organizada la sociedad por la libre asociación y el libre acuerdo; hermosa esa sociedad con la práctica de la fraternal solidaridad en todas las contingencias: hállanse satisfechas todas las necesidades naturales, así materiales como afectivas y recreativas. Fáltale, sin embargo, a la sociedad libre un gran elemento, sin el cual ni sería libre, ni sería civilizada: la *instrucción*.

La instrucción es reclamada imperiosamente por la Ciencia; es necesaria para el desarrollo cerebral, como lo es la gimnasia para el muscular. Además, aspirando el hombre a la más amplia y efectiva libertad, no puede prescindir de la instrucción; porque la libertad únicamente la conquista el hombre con su saber, con la conciencia de su valía. Los pueblos han sido y son esclavos por su ignorancia; porque no saben regirse por sí mismos; porque aceptan toda ficción y engaño como cosas verdaderas; y no aciertan a distinguir lo que les conviene de lo que les es nocivo. Sólo a fuerza de dolorosa experiencia, de saber, han podido poco a poco levantarse de la primitiva estupidez. El mejor escudo contra todo tiránico propósito, la más firme garantía de la libertad, no es la fuerza, sino la razón bien cultivada. El hombre instruido es siempre emancipado. Aun en los actuales tiempos, que nos vemos domeñados en todo, sufriendo una condición esclavizadora, el ilustrado es libre en su pensamiento y en todos los posibles momentos se yergue su altiva personalidad. No así el ignorante, que semeja un animal doméstico, presa de las preocupaciones, humillado ante sí mismo por su concepto de inferioridad y humillándose ante los demás con repugnante abyección. Siendo esto cierto, no precisa más esfuerzo para comprender la importancia y la necesidad de la instrucción como sólido fundamento social.

Y tanta importancia se le ha de dar a la instrucción, como al trabajo como a la libertad, poniendo a su disposición todos los grandes recursos sociales, porque sin ella no hay arte, no

hay ciencia, no hay progreso, no hay bienestar. No debe ser, como hoy, privilegio de una clase, dándose al pobre como mezquina limosna, mala, incompleta; sino que debe constituir un derecho propio de todos: niños y niñas, hombres y mujeres; además, debe ser enteramente práctica, integral. De la misma manera que todos los medios naturales y sociales serán utilizables y utilizados en la sociedad libre para el trabajo y para la vida de todos, asimismo deberán servir para la instrucción con toda la sabiduría, hasta el punto de que cada pueblo sea una vasta escuela, como un gran taller, para la mutua ilustración en todos los conocimientos posibles, y de tal modo práctica, que el estudio sea un trabajo y un recreo y un medio de desarrollo. Desaparecidas, por no tener razón de ser, esas clasificaciones de profesiones nobles y serviles, manuales y liberales, sino que todo trabajo y todo servicio y toda ocupación será igualmente importante, el taller y el laboratorio, y la clínica y la granja y todo experimento u observación o descubrimiento será para todos positiva escuela.

En el común bien y en la mejor ilustración de todos se cifrará el bienestar individual, axiomático concepto que la sociedad presente se empeña en ignorar.

Libertad La *libertad* es una aspiración de todos los seres. Ello está en la Naturaleza. Hacer cada uno aquello que más le agrada, poner en acción todas las impulsiones, es el supremo goce. Por el contrario, toda imposición, toda violencia, causa instintiva, profunda repulsión. El hombre, que por su intelectualidad habría podido ahorrarse el sufrimiento de la esclavitud, se las ha arreglado de manera que es casi el ser más esclavo, ansiando más que ningún otro el libre ejercicio de su voluntad. Hemos explicado ya esta tan rara contradicción. Por fortuna se está efectuando un precioso trabajo de corrección, y el espíritu de libertad se revela cada día

con más consistencia. A no haberse sufrido los grandes errores que hemos expuesto, causa de todo mal, no sería menester hablar de libertad, ni de igualdad, porque estas condiciones se considerarían del mismo modo que pueden considerarse la luz y el aire, el comer y el dormir, esto es, circunstancias naturales o necesidades propias de nuestro organismo. Pero como en vez de mantener la libertad natural y la igualdad social, ha imperado la esclavitud, forzoso es conquistar y afirmar como fundamento social el principio de libertad.

Tan hijo de la Naturaleza es un hombre como otro. Nadie tiene derecho de oprimir a su semejante. Si nos hemos constituido en sociedad no ha sido para mermar nuestra libertad, sino para garantirla mejor, para realizar un más amplio y positivo bienestar. En consecuencia, y abonado por la dolorosa experiencia del pasado, importa, para el común bien, no abdicar jamás del natural derecho de ser libre, por ningún pretexto ni motivo, pues su firme mantenimiento es inexpugnable fortaleza contra el autoritarismo y la tiranía. Sin libertad no hay derecho, no hay justicia, no hay equidad, no hay bienestar. Libertad, siempre libertad, en el trabajo, en la asociación, en la sociedad, en todo y para todo.

Los enemigos del pueblo propalan siempre la especie de que, sin el freno del autoritarismo, vendría el desorden, la brutalidad, el caos. Y esta argucia causa cierto efecto en las masas, contribuyendo al sostén del privilegio. Nada tan falso. En primer lugar, debírase demostrar que con el autoritarismo no hay desorden ni malestar social, para probarnos su eficacia en oposición al principio de libertad. Bien al contrario, lo que se ha demostrado de un modo irrefutable es que la humanidad no puede seguir así, y que un cambio radical es exigido por todo el mundo, excepto por los que lo explotan incicuamente. No se necesita gran talento para comprender que no es orden el que se sostiene por la fuer-

za; que no es orden la incesante persecución y el continuo castigo, ni la guerra intestina entre los Estados, ni la profunda miseria y dolor en unos y la exuberancia de medios en otros, ni el motín, ni la revuelta, ni la violenta revolución, que es lo que vemos sin interrupción en las sociedades pasadas y presentes, esencialmente autoritarias; que no es orden todo esto, repetimos, sino desorden, atropello, iniquidad. Y si el principio de autoridad, por tantos siglos reinante, no ha podido conseguir la armonía social, ¿cómo creer que sin él sobrevendrá el caos, cuando el caos con él se ha producido? Le mata al autoritarismo su propia historia.

Anulada la autoridad, no queda más que la libertad triunfante.

Desde luego este redentor principio está de acuerdo con la Naturaleza y la civilización. ¿Y qué se le puede achacar a la libertad contrariamente al común bien, si nunca ha subsistido sino breves instantes en anormales circunstancias? Aun así, y este es el segundo término de la cuestión, tiene en su favor la prueba. ¿Quién no se ha fijado en aquellos momentos que se suceden al triunfo de una revuelta ó de una revolución, únicos en que un pueblo queda dueño de la situación? ¿No se ha observado con qué febril ansiedad, cual si una especie de responsabilidad moral pesara sobre él, cómo se ocupa y preocupa de restablecer el orden, de las necesidades individuales y colectivas, de atenderlo todo, solventar todos los problemas, realizar en lo posible lo más directamente útil a la comunidad libertada? Precisamente, el implantamiento del artero autoritarismo en el movimiento victorioso, malogrando el esfuerzo liberal, es el que lo corrompe y prostituye, precipitando el desorden violento, para acabar dominando con el *orden impuesto*, otra vez la iniquidad. Además, es muy lógico suponer que, establecida la sociedad sobre bases racionales, no antagonicas como hasta ahora, no habiendo intereses opuestos, causa del desorden, no hay para qué

temer los *excesos* de la libertad, que tanto pregonan todos los explotadores, porque les va muy bien de esta manera; y más conservadores han de ser los pueblos de lo que no puede menos que constituir su dicha, que no de lo que les sumerge en la desdicha.

Por todo lo cual, y porque es un derecho natural de todo ser, debe ser la libertad necesario fundamento social.

Igualdad

La mejor garantía, la precisa condición de la positiva libertad, es la *igualdad*. Por no haber establecido la libertad con la efectiva igualdad social, es que las victorias liberales se han perdido. Todos tenemos un igual orden de necesidades, como tenemos un mismo derecho. Para todos es la Naturaleza y de todos es el patrimonio social. Al tratar del trabajo, hemos demostrado cómo ninguno puede bastarse a sí mismo, y que la labor socializada es la que satisface con exceso todas las necesidades: obra es de todos, de justicia es que para todos sea su utilización. Por otra parte, si no existe el trabajador explotado y acaparado el trabajo de muchos por unos cuantos, es de todo punto imposible la irritante desigualdad que hoy reina. O el trabajo y el trabajador son libres, y planteada queda de hecho la positiva igualdad social, o de cualquier modo que se exploten los esfuerzos de otros la desigualdad subsiste, la libertad desaparece, continúa la tiranía y el general malestar se perpetúa. No hay otro dilema. Siendo esto axiomático, la obra emancipadora no será efectiva si no figura entre los fundamentos sociales el principio de la igualdad.

También un principio tan justísimo y natural como éste es fuertemente combatido por toda suerte de manguoneadores de la cosa pública y de explotadores de toda calaña, por la cuenta que les tiene, ya que toda su posición social se basa en la desigualdad, y se comprende que así sea por esta razón de propio egoísmo. Pero lo raro es que hombres de talento, que figuran en

primera fila, sostengan con cierta convicción que la igualdad social no está en la Naturaleza; y en ello hemos de ver cuánto influye en el ánimo el peso de las preocupaciones dominantes por muchos siglos, puesto que de tal influencia no se libran entendimientos bien expertos y al parecer muy despreocupados. Precisa verdaderamente sufrir la obsesión causada por una historia larguísima de errores profundos para que pueda afirmarse que la desigualdad es la natural condición humana. ¿En qué se apoya tal absurdo? En que cada ser tiene necesidades distintas y una intelectualidad diversa; y como ni las necesidades ni las pasiones, ni la inteligencia son iguales en todos los individuos, parten de esta base para construir su castillo de sofísticos razonamientos, y llegan á la conclusión que la igualdad es un ilusionismo imposible de trocarse en hecho real y positivo.

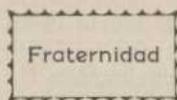
Analícemos brevemente esa doctoral afirmación. Es cierto que cada individuo es distinto a otro en lo físico, en lo moral, en todo; que uno es capaz de llegar a alturas extremas, y que otro será siempre un desdichado. Ello está en la Naturaleza, y por esto es tan bella e interesante: dos cosas exactamente iguales no se encuentran. La variedad es hija del movimiento; la igualdad física sólo se comprendería con la inercia, el quietismo, la muerte. Perfectamente. Todo esto es racional, naturalísimo. Pero, ¿es esa la igualdad que proclamamos nosotros, los más ardientes partidarios de que el individuo, en sus diferenciaciones, genialidades, sentimientos, aptitudes, pueda vivir satisfecho, sin ser cohibido en sus naturales impulsiones, pueda conducirse como mejor se acomode con su temperamento, con sus deseos? No hay un hombre igual a otro; pero ambos necesitan comer, dormir, trabajar, amar, y cuanto es común a todos. ¿Se negará esta igualdad? ¿La Naturaleza ha señalado a uno una parte y otra a otro? ¿No ofrece a todos sus frutos igualmente? Que uno consuma más que otro, ¿impide que todos tengan

igual derecho de consumir lo que le sea necesario a cada individuo? Y así, ¿no se satisface la variedad y no subsiste la igualdad en la Naturaleza? El que un estómago sea más exigente que otro, ¿autoriza la privación de comer al débil, o robarle sus alimentos? ¿Está esto en la Naturaleza? Y si pasamos a lo que es esfuerzo del hombre: que uno sea un sabio y otro sea un inexperto, ¿faculta que aquél, privilegiado por naturaleza, menoscabe los derechos y la libertad y el goce de todos los medios de la sociedad al infeliz? ¿No se coloca en circunstancias a todos para que goce más quien más apto sea para gozar, sin que se cohiba la dicha del menos desarrollado para ello? Y, al fin y al cabo, ¿quién es tan privilegiado por naturaleza que no deba a las generaciones pasadas y presentes cuanto es y cuanto valga? ¿O se pretende, acaso, que cuanto ha acumulado la humanidad en provecho de las generaciones que vienen, hasta la robustez y la excelente concepción de la madre que da al mundo un organismo bien equilibrado y muy perfecto, sea por éste explotado todo, erigiéndose en señor de los demás? Hay aquí un falso concepto de la igualdad; pues no se quiere, ni nadie lo ha pretendido, la igualdad de los seres, sino la igualdad de condiciones y de medios en la naturaleza y en la sociedad, que es cosa muy distinta. Si yo tengo derecho a mi libertad, al trabajo, a la instrucción, a la solidaridad, a todo lo social, como coasociado que soy, igual que todos los demás, ¿en qué, ni cómo, atropello el derecho ajeno, o en qué estoy fuera de la Naturaleza? Y si un asociado, en igual derecho que el mío, por muy singular o sobresaliente que sea, no puede acaparar mi trabajo y mis servicios, en su único provecho y en perjuicio mío, lo cual no puede admitirse ni por naturaleza, ni por justicia, ni siquiera por la dignidad del hombre más útil, que acusaría una soberbia detestable, ¿cómo, de qué manera se establecerá la desigualdad? ¿Será un gran artista, un sabio extraordinario? El tendrá la inmensa satisfacción

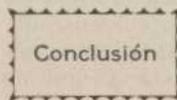
de serlo, y los otros de aplaudirle en sus obras, pero ello no le hará gran propietario o capitalista o gobernante, si no ataca la libertad y no se apodera del trabajo de los demás, que es lo que sucede hoy, y maldito lo que se halla ello conforme con las leyes naturales ni con la equidad.

En consecuencia, es un sofisma, una preocupación, plantear la cuestión como la plantean esos señores, por inteligentes que sean, y reconociéndoles cierta sinceridad, que no se aviene muy bien con el sofisma.

Basta lo manifestado para probar que la igualdad de condiciones, la igualdad social, es natural y equitativa y necesaria para que la sociedad pueda ser libre, puesto que ella es la garantía de la libertad, con la instrucción, y representa la más alta civilización.



La consecuencia natural de una sociedad igualitaria y libre es la *fraternidad*. Ni la envidia atormentadora causada por la diferencia de clases; ni el relajamiento del carácter y el exacerbamiento de las malas pasiones, por efecto de la sujeción y miseria; ni la brutalidad ocasionada por la ignorancia; ni la guerra interna o externa producida por la ambición de los poderosos; nada de esto tendrá razón de ser, pues destruídas las causas, quedan anulados los efectos, y la humanidad será fraternal sin esfuerzo ninguno, y se encaminará amorosa y tranquilamente al summum posible de la bondad y perfección humana. La fraternidad, pues, debe ser también fundamento social.



Hemos llegado al fin de la tarea que nos habíamos impuesto, esto es, popularizar la Sociología, para orientarnos en la embrollada madeja de la cuestión social. Saber de dónde venimos, lo que somos, y a dónde nos encaminamos, que es el pleno objetivo de la ciencia social, resumen de toda experiencia o ciencia

humana. Por ella nos damos cuenta de las cosas naturales y de las sociales; conocemos los errores que tantos males han causado a la desdichada humanidad en su larga carrera, y la necesidad de que se verifique una positiva corrección, para que los dolores que sufrimos, no procedentes de Natura, sino de la arbitrariedad humana, cesen de una vez para siempre y obtengamos todos el goce que nuestros esfuerzos y nuestros organismos reclaman.

La pequeñez de nuestro trabajo no puede satisfacer seguramente todas las exigencias, todas las dudas, todos los aspectos de la gran cuestión social. Se necesitarían sendos volúmenes para ello. Nuestro deseo ha sido sólo compendiar la exposición de las causas del malestar que sufrimos e indicar las condiciones principales que debe reunir la sociedad para que aquellas causas desaparezcan. Creemos que con las bases expuestas se ha de lograr el fin propuesto; creemos más: que con sólo esta frase realizada *no más explotación del hombre por el hombre* se ha de conseguir perfectamente la más completa emancipación social, porque ella excluye toda suerte de tiranías y encierra un vasto programa emancipador. Ella está estampada en primer término en toda obra de progreso y figura en el primer estandarte de las huestes que luchan por el bienestar humano.

Todas las demás cuestiones que integran el problema social, fuera de los fundamentos que hemos solamente esbozado, las juzgamos secundarias, dependientes de la época, del carácter, de las circunstancias en que se efectúe la transformación de la sociedad, difícil, si no imposible, de precisar hoy.

Prescindiendo de partidos y de escuelas, de nombres, de opiniones individuales, abrigamos la convicción de que la humanidad se dirige á estos hechos: *Trabajo libre: asociación libre: libre acuerdo*; o, en otros términos, que en esencia son los mismos: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

Y afirmamos que mientras el *Trabajo* no sea libre no se realizará ninguno de estos principios; así como en el preciso momento que sea emancipado se implantará todo el programa emancipador. Porque el *Trabajo* es el verdadero eje de la sociedad humana.

Es muy posible que no hayamos conseguido estar a la altura del propósito que nos moviera; pero si la obra es mala, tenemos por muy buena la idea que la ha inspirado, pues de otro modo no la habríamos realizado, y esperamos, deseamos ardientemente, que otros más preparados la acojan y la completen con todas las galas de la Ciencia, pues nosotros hemos puesto en ella más voluntad que competencia.

A. PELLICER PARAIRE

CONTRIBUCIÓN AJENA

El sainete electoral

Acaso tengan razón los anarquistas al afirmar que la política es una cosa detestable; pero se equivocan, sin duda, al negar que un día de elecciones conviene para divertirse, toda vez que no se incurra en la flaqueza de ser candidato.

La democracia tiene ventajas, aunque no lo afirme ningún hombre de talento. Para nuestro gusto, las mayores, son de carácter risueño: un domingo electoral es tan ameno como

los tres días de carnaval juntos. En París, como en Buenos Aires, todo ciudadano es elector y elegible. Desde que se inventaron los «Derechos del hombre» muchos zampatortas se toman en serio; cualquier analfabeto se cree apto para ser diputado y afirma tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes.

Un programa se escribe en pocas horas. Es preferible que esté cuajado de vulgaridades y escrito en pésimo

estilo. Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo: la grandeza del país, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la moralidad política y administrativa. Todo ello es de una desverguenza patibularia o de una tontería enternecedora; simula decir mucho y no significa absolutamente nada. El miedo a las ideas concretas se disfraza con el antifaz de esas vaguedades verbales.

Mediante una docena de frases vagas todo francés que cuente con el apoyo del gobierno puede llegar a diputado; aquí, como en todas partes, el gobierno gana cuantas elecciones quiere. Jaurés, por ejemplo, fué derrotado, pero la comisión revisora del escrutinio anuló unos cuantos votos al candidato contrario, sin alegar razones decentes, ni siquiera indecentes, proclamando electo al candidato gubernamental. El mundo es así. Cuando los regeneradores llegan al poder tienen que obrar como todos los gobiernos: «to be or not to be».

Se comprende que un hombre tenga el capricho de ser diputado alguna vez; ¡hay tantos caprichos en la vida! Pero es inexplicable el empeño de algunos ciudadanos por eternizarse en el congreso, como si la diputación fuera una ganga ó una carrera profesional. Henry Maret—cuyos cinco mil electores fueron derrotados por los cuarenta millones desplegados en guerrilla por su adversario, Rothschild—ha comentado su derrota diciendo que sólo fué candidato con el propósito de divertirse.

La carrera es absurda. Un teniente merece felicitaciones al ser nombrado capitán, lo mismo que un escribiente ascendido a auxiliar de secretaría;

toda carrera tiene un ascenso y ascender es un motivo de regocijo. La profesión de diputado no respeta esa regla. En las demás se deja el puesto para ocupar otro mejor; en ésta se lo pierde cada cuatro años y el pobre diputado tiene que recomenzar su vía crucis de enredos, promesas y discursos para... no ser más que antes si triunfa o desaparecer de la escena en caso contrario.

Sus amigos lo felicitan cuando es reelecto. ¡Magnífico! Es lo mismo que si cada cuatro años felicitaran a un vigilante porque sigue siéndolo, sin haber llegado a sargento, ni siquiera a cabo segundo. En ninguna otra profesión se considera como un éxito el permanecer estacionario; lo singular de la carrera electoral es que un ciudadano brega y se sacrifica veinte años o medio siglo para no dejar de ser lo que es. Los diputados antiguos son los más tenaces y empedernidos.

El ironista que asoma las narices en el atolladero electoral descubre, con sorpresa, que algunos hombres ilustres son víctimas del voto de la canalla mercenaria. Tan extraordinario acontecimiento se explica por la necesidad que sienten los mediocres de parapetarse tras el blasón intelectual de algunos selectos: un partido serio necesita adornar su lista con ciertos nombres respetados. Dos o tres eminencias son escudo eficaz para una recua de pordioseros morales: equivalen a la flor que luce en el ojal de un compadrito suburbano. Cuando es elegido un hombre de talento, meritorio o virtuoso, no debe sospecharse que es en homenaje a sus cualidades; los contratistas de elecciones ignoran la dicha de admirar a los hombres superiores. Comercian simplemente sobre el prestigio del pabellón para dar paso a su mercancía de contrabando; son bandoleros que descuentan en el banco del

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

éxito merced a la firma prestigiosa y honesta. Cada grupo de inútiles se forma un estado mayor que disculpe sus pretensiones de gobernar al país, desahogando su vanidad o su piratería bajo pretexto de sostener ideales e intereses de partido. Por cada Clemenceau hay más de cien insignificantes.

Aparte esas excepciones, que las hay en Francia como en todas partes, la masa de los «elegidos del pueblo» suele ser subalterna y profesional. Esta mayoría mediocre puede clasificarse en tres grupos: vanidosos, deshonestos y serviles.

Los vanidosos derrochan su fortuna por conseguir una butaca en el parlamento. Ya es un rico terrateniente o un poderoso industrial que paga a peso de oro los votos coleccionados por un mercachifle electoral, cuya eficacia guarda proporción con su inconducta; ya es un advenedizo que gasta la fortuna de su mujer en comprarse el diploma de congresal, único accesible a su mentalidad amorfa; ya es el asno enriquecido que aspira a ser dirigente de la política sin más capital que su constancia y sus millones. Estos vanidosos necesitan ser alguien y lo consiguen negociando el doctorado en política. De otro modo serían simples «hombres que no existen».

Los deshonestos son legión; toman por asalto el parlamento a fin de entregarse a toda clase de especulaciones lucrativas. Venden su voto a empresas que muerden el presupuesto; apoyan proyectos de grandes negocios con el Estado, cobrando sus discursos a tanto por minuto; pagan con empleos y dádivas oficiales a sus electores; comercian al menudeo su posición parla-

mentaria para obtener pequeñas concesiones en favor de su clientela. Su gestión política suele ser tranquila: un hombre de negocios está siempre con la mayoría y apoya a todos los gobiernos.

Los serviles merodean por los congresos en virtud de la flexibilidad de sus espinazos. Lacayos de un grande hombre, no osan discutir su jefatura; el amo no les pide talento, elocuencia o probidad, pues le basta con la certeza de su panurgismo. Viven de luz ajena, satélites sin calor y sin pensamiento, uncidos al carro de su caudillo, dispuestos siempre a batir palmas cuando él habla y a ponerse de pie llegada la hora de una votación.

Fuera de esas tres categorías sólo se observan casos aislados de talento y de carácter, soñadores de algún apostolado o representantes de fanatismos colectivos. Es de inocentes creer que el verdadero mérito abre las puertas del parlamento. Un médico francés nos refirió que había resuelto dedicarse a la política.

—¿Estudia mucho?, le preguntamos.

—¿Qué?

—Le supongo consagrado a la Economía Política, a la Sociología, al Derecho Constitucional, a las Finanzas, a la Historia, al Derecho Internacional...

—No, nada de eso, repuso sonriendo.

—¿Entonces?

—Visito diariamente al jefe de mi partido y ya me ha invitado tres veces a almorzar... Pronto seré diputado.

JOSÉ INGEGNIEROS

De *Al margen de la ciencia*, «Un día de elecciones en París», pág. 391-395.

Desconfiad de las tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no seáis vosotros mismos, os costará caro. «Sólo es digno de la libertad y de la vida el que cada día sabe conquistarlas», ha dicho el poeta. No es lo peor que no sea digno de ellas quien no las conquista por su propio y constante esfuerzo, sino que jamás llegará a obtenerlas de otro modo. La vida prestada, no es vida; y aun en lo que tiene apariencia de vida, su precio es la libertad.

RAFAEL ALTAMIRA

«España en América», pág. 170.



Para hacer reflexionar

... Sí, toda sociedad humana necesita leyes; pero los hombres que no son débiles ni ignorantes ni desesperados, los hombres libres, no piden esas leyes sino a la propia conciencia, que decide soberanamente.

ELISEO RECLUS.



... Y sobre las ruinas del mundo viejo, destruido, barrido, se intentaba la realización de un ensueño altivo y puro. Era la concepción más amplia, más ideal, de una humanidad justa y pacífica, el hombre libre en la sociedad libre, cada ser sin trabas de ninguna especie, gozando sin límites de sus sentidos y de todas sus facultades, ejerciendo plenamente el derecho de vivir, de ser feliz por su parte de posesión de todos los bienes de la tierra.

ZOLA, *Travail*.



Se entiende uno fácilmente con el ignorante y más fácilmente todavía con el sabio; pero Brahma mismo no podría ponerse de acuerdo con el hombre cuyo tonto orgullo haya sido hinchado por una brizna de saber.

BHARTRIHARI

Traducción de E. J. R.

PÁGINAS LITERARIAS

El alba

(Ensayo de un lector de "Renovación")

Los grandes ideales, pájaros gigantes del pensamiento emancipador, cantan un himno a las magnas libertades, y el verdadero civismo, fuerza de primer orden en las contiendas de la idea, tañe su clarín de oro, despertando a las dormidas muchedumbres... Es el alba de los pueblos que yacían dormidos bajo el sopor de los narcóticos que les ha infiltrado el maquiavelismo de los detentores del progreso, es el alba que con sus claros apacibles va disipando la noche de las multitudes, es el alba que con su media luz va descubriendo las cadenas de la ignoran-

cia, madre de los dioses, de los mitos, de las supersticiones y de todos los errores, y es el alba que va haciendo a un lado los andadores en que hace quince mil años se apoya la débil niñez de la Humanidad.

¡Qué bello es el despertar de la raza humana! A cada uno de sus desperezamientos hace esfuerzos de cíclope y rompe algunos eslabones de las muchas cadenas que le impiden avanzar... ¡Pero ello es el alba que con sus claros apacibles va disipando la noche de las multitudes!

JOSÉ T. ORTEGA

Niñas y pájaros

Oye niña, tú eres buena, y ¿no sufres al ver a ese pajarillo que golpea con desesperación los barrotes de su jaula, haciendo poderosos esfuerzos para librarse de la dura prisión que le has impuesto?—Eres religiosa, y no respetas a la Naturaleza, y estropeas la obra del dios a quien adoras. Eres sensible, lloras al despedirte de tu amiga predilecta, o cuando lees la novela sentimental, y éte permites atormentar a los seres inocentes sin que te conmueva pensar en los hogares destrozados de esas avecillas que arrebataste de sus nidos, dejando abandonados los hijuelos que murieron de hambre y de frío?

Cada uno de tus pájaros prisioneros, representa una familia menos en el mundo de los seres alados. ¡Oye!... Cómo lanza el delicado senzonte sus melodiosos trinos? ¿Sabes tú lo que dicen esas notas? ¿Has pensado alguna vez que en ese canto de prisionero hay una tristeza infinita por el amado árbol donde quedó su nido, aquel pequeño hogar blando y caliente, colocado en-

tre el follaje verde y oloroso, que en nada se parece a la dorada jaula dura y fría?

¡Oye de nuevo!... esos gritos agudos, desesperados, conmovedores! ¡Parecen una queja dolorosa; el lamento de una alma que agoniza! ¿Serán acaso una protesta contra su despiadada carcelera, que le priva del aire y de la luz, y le separa de sus semejantes; que le ha cambiado su palacio aéreo por estrecha prisión donde se ahoga, y el aire puro y fresco de los campos por la viciada atmósfera de los salones? ¿Acaso te imaginas que Dios ha hecho esas bellas criaturas para que tú las atormentes y las mates?

El pájaro es un haz de nervios delicados, que sufre mucho al contacto de la mano. ¿Has visto cómo se estremece y tiembla al tocarlo? ¿Sabes tú lo que es el anhelo de libertad? ¿Sabes lo que es una prisión para los seres que han nacido libres?

¿No has pensado nunca que los pájaros aman y que tú no tienes derecho para destruir su felicidad y sus amores?

¡Cómo! tú, criatura racional y sensible, que con tanta naturalidad te llamas *ser superior*, ¿no te avergüenzas de buscar el placer en el dolor ajeno? ¿No te parece inmoral e indigno atormentar a esas avecillas inocentes para satisfacer tu vanidad y tu capricho, para divertirte?

Pues oye, querida niña: si quieres tener derecho a la pretendida superioridad, si deseas ser buena y bella, con la verdadera belleza del alma, respeta a la Naturaleza, ama a todos los seres, dá libertad a los pajarillos... y ese dinero que hasta hoy has gastado en jaulas y pájaros, destínalo para comprar

vestidos o juguetes a los niños pobres de tu barrio. Entonces comprenderás cómo se puede gozar produciendo alegría en vez de sufrimiento, y, cuando al recibir el codiciado juguete, las sonoras risas de los niños y los palmo-teos de sus aladas manecitas estallen de placer, llegará hasta tu corazón una nota desconocida para tí, más dulce y grata que la de tu prisionero senzonte; más tierna, más hermosa, porque será canto de vida, canto de amor.

TERESA MASFERRER C.¹

San Salvador (Rep. de El Salvador), abril de 1912.

De todo y de todos

Obra maestra.—Vamos a resumir la reciente publicación LA VIDA, de Jacques LOEB, profesor en el Instituto Rockefeller de New York y universalmente admirado como uno de los primeros biólogos contemporáneos:

I La cuestión que nos proponemos discutir es la de saber si, dado el estado actual de nuestros conocimientos, se puede esperar que sea posible algún día la explicación de la vida por la Física y la Química exclusivamente. Si después de un examen serio la respuesta fuese afirmativa, precisaría basar nuestra vida social y moral únicamente en los datos de las ciencias naturales, y ningún metafísico podría pretender dictarnos reglas de conducta en contradicción con los resultados de la biología experimental.

La gran masa del público, que no está muy al corriente de las investigaciones experimentales, se imagina a menudo que en biología sucede lo que en las llamadas ciencias psicológicas, en donde la verdad de ayer no es la verdad de hoy. Se habla, pues, de «bancarrotas de la ciencia», y se invocan diversas hipótesis paleontológicas o zoológicas que han debido ser abandonadas después de haber sido soste-

nidas durante algún tiempo. Pero es preciso notar bien que la biología moderna es ciencia puramente experimental, cuyas adquisiciones no pueden presentarse sino bajo una de las dos formas siguientes: unas veces se llega a dominar un fenómeno vital hasta el punto de poder reproducirlo a nuestro gusto (v. gr., la contracción de un músculo o la fecundación del huevo de ciertos animales); otras veces se logra establecer la relación numérica entre las condiciones de un experimento y sus resultados (por ejemplo, la ley de la herencia de Mendel). Tal biología no ha retrocedido jamás.

El punto de partida de la biología científica lo constituye el trabajo memorable de Lavoisier y Laplace (1780) que ha establecido que la cantidad de calor que se forma en el cuerpo de un animal es igual a la producida por una candelera que arde, cuando las proporciones de gas carbónico desprendido son las mismas. Dicho trabajo hace resaltar además lo que hay de esencial en la vida: las oxidaciones. La química-física ha venido luego a explicarnos cómo pueden quemarse en el organismo sustancias tan difícil-

¹ Delicada flor de sentimiento que va regando sus aromas en una escuela de niñas en El Salvador.

mente oxidables cuales el almidón, la grasa y la clara de huevo. Hoy sabemos, en efecto, que la aceleración de los procesos químicos producida por una temperatura elevada, puede también ser obtenida, a una temperatura baja, gracias a ciertas sustancias *catalisadoras* denominadas fermentos o diastasas oxidantes (oxidadas).

II. La expresión «el misterio de la vida» no significa la misma cosa para todos; pero todos deseamos saber cómo nace la vida y qué es la muerte.—A estas horas, sería difícil decir cómo ha aparecido la vida en la Tierra. Lo que sabemos es que todo ser vivo es capaz de fabricar sustancia viva a expensas de los alimentos. Esto nos permite esperar que algún día se logre producir artificialmente seres vivos. ¿No sabemos ya obtener en los laboratorios sustancias idénticas a las fabricadas en los organismos vivos? ¿Las reacciones químicas que en éstos se verifican, no las sabemos ya reproducir? Por el momento, nada prueba que la creación de seres vivos sea, en principio, imposible.

Esta idea no está en contradicción con la bella hipótesis panspermista de Arrhenius, según la cual gérmenes de dimensiones suficientemente pequeñas, empujados por la presión de la luz, atraviesan el espacio interaestral y originan nuevas evoluciones, cuando llegan a caer en planetas donde hay agua, oxígeno, sales y una temperatura conveniente. La biología del porvenir contará esta hipótesis entre sus adquisiciones importantes; pero no deberá perder de vista el siguiente fin: fabricar organismos a expensas de la materia bruta o decir por qué el problema es insoluble.

III. Si no podemos aún decir cómo ha nacido la vida en general, hemos resuelto al menos el problema, mucho más simple ciertamente, de la incitación del desarrollo del huevo. Hace doce años el hecho de la fecundación de un huevo parecía tan misterioso como el del origen de la vida. Hoy

podemos afirmar que el problema de tal fecundación está ya resuelto en principio. Y la parte más hermosa en la realización de esta maravilla toca justamente a Jacques Loeb. Sus trabajos demuestran que es posible, en muchos casos, reemplazar el agente misterioso y dotado de vida, «el animalículo del esperma», por agentes puramente físico-químicos. ¿No es ésto ya aclarar las cosas y dar el golpe a las nociones místicas y vitalistas? Como la biología experimental es una ciencia joven, tenemos el derecho de esperar una aclaración igual para todos los problemas que hoy nos parecen oscuros y misteriosos.

IV. La naturaleza de la vida y la de la muerte son las cuestiones que más apasionan al público. Para tratar de resolverlas, es evidente que la humanidad no ha aguardado la venida de la biología experimental. La resolución dada peca de antropomorfismo, como pecan todas las explicaciones de los fenómenos naturales, en el período precientífico. El hombre primitivo no sabía siquiera que la vida del individuo principia en el huevo. La vida, se ha dicho, pues, comienza en el momento en que «un principio vital o alma» penetra en el cuerpo, y acaba cuando dicha alma abandona tal cuerpo.

Para el sabio, la vida individual comienza con la aceleración de las oxidaciones en el huevo, determinada por disolución o traumatismo de la capa cortical. Para el sabio, la extinción de las oxidaciones señala el fin de la vida. Apenas cesan las oxidaciones, las membranas de las células se hacen permeables a las bacterias, si la cantidad de agua y la temperatura son apropiadas, y el cuerpo es destruído por microorganismos. Es, por tanto, cosa superflua y un anacronismo el decir hoy: la vida individual comienza no sólo con la aceleración de las oxidaciones, sino también con la introducción en el huevo de un principio metafísico vital. Para explicar la evaporación del agua nos contentamos con

invocar la teoría cinética de los gases y no sentimos necesidad de hacer intervenir «la acuosidad o espíritu del agua», según la humorada de Huxley.

V. Hace 10 años, el problema de la herencia era tan oscuro como el de la fecundación del huevo. Hoy está demostrado que la transmisión de los caracteres hereditarios se realiza mediante las partes constitutivas del núcleo o cromosomas. — Las leyes de Mendel nos han hecho comprender el problema del determinismo del sexo y nos explican por qué es imposible que los factores del medio exterior ejerzan influencia sobre el sexo de un embrión en desarrollo. Ellas nos explican cómo se transmite un carácter determinado (el daltonismo, por ejemplo) sólo a los machos o sólo a las hembras de una familia; y nos dicen por qué los gemelos que provienen de la bipartición de un mismo huevo son siempre del mismo sexo, y por qué las abejas y hormigas que provienen de huevos fecundados son de un sexo, mientras son del otro las que provienen de huevos vírgenes.

VI. La fecundación y la herencia son fenómenos que a primera vista no tienen análogos en el mundo inorgánico. Si ellos son explicables por la física y la química ¿por qué no han de serlo todos los otros procesos vitales más sencillos y semejantes a los de la naturaleza inanimada (absorción, digestión, etc.)?

Ahora tenemos que responder a una pregunta que preocupa tanto al profano como al biólogo, a saber: ¿Cómo concebir la maravillosa coordinación de los órganos, que posibilita la existencia del organismo? El metafísico encuentra aquí ocasión de hacer intervenir por fuera y por encima del juego de las fuerzas físicas, algo de particular y propio sólo de la vida: la adaptación, la finalidad de los seres, las dominantes de Reinké, etc.

A pesar de la estima personal en que tenemos a los autores de esas concepciones, creemos que aquí, como

siempre en metafísica, la cuestión es de palabras. Cuando se dice que un órgano está construido de manera que pueda «servir al todo», expresamos simplemente con una indirecta el hecho de que una especie no es viable o *durable* sino cuando está provista de mecanismos que aseguran automáticamente su conservación y su reproducción. Un animal de sangre caliente que naciera sin sistema circulatorio no podría evidentemente sobrevivir, y por esto no se le puede encontrar jamás en la naturaleza. El misterio de la adaptación es aparente. El número de organismos que nosotros observamos es infinitamente pequeño frente al número de seres que pueden nacer en la naturaleza y que probablemente nacen cada día, pero que desaparecen casi siempre antes de que podamos conocerlos, porque su organización es incompatible con la vida. Las desarmonías y los bosquejos pifiados son la regla en la naturaleza; los sistemas armónicamente constituidos o formas viables son la excepción. Pero como habitualmente sólo tomamos en cuenta esta excepción, nos queda la impresión errónea de que la «adaptación de las partes» al «plan del conjunto» es un fenómeno general en la naturaleza animada.

Si conociéramos la estructura y los movimientos de los átomos, descubriríamos ahí también probablemente un mundo de armonías maravillosas y de adaptaciones aparentes de las partes al todo. Pero no tardaríamos mucho en comprender que los elementos químicos no constituyen sino un pequeñísimo número de grupos estables, al lado del inmenso número de combinaciones posibles, pero inestables. ¿Por qué no hemos de considerar como resultantes de las mismas fuerzas las agrupaciones químicas estables y los sistemas viables de la naturaleza animada?

VII. El «contenido de la vida» son los deseos, las esperanzas, las luchas, los esfuerzos, los sufrimientos. ¿Será posible sacar esos fenómenos del do-

minio de la metafísica?—Mientras un fenómeno de la vida no es explicado por la física y por la química, nos parece inabordable; pero apenas cae el velo, se queda uno asombrado de que la cosa fuera tan sencilla.—Una explicación físico-química de nuestra vida interior no sale de los límites del dominio de las posibilidades, puesto que ya hoy se explican así, al menos en principio, ciertas manifestaciones simples del instinto y de la voluntad de los animales. Tal es el caso de los tropismos genialmente estudiados por Loeb. El ejemplo más sencillo de un tropismo animal es el fototropismo o heliotropismo, esto es la tendencia que tienen ciertos animales a dirigirse según la luz. Se trata de la manifestación de un instinto o de una impulsión a la cual no puede resistir el animal, y que es comparable a la manifestación de una pasión ciega en el hombre. Ahora bien, este instinto irresistible, al cual debe obedecer el animal aun a costa de la propia vida, parece explicarse por la ley de Bunsen y Roscoe, que se aplica a la interpretación de los fenómenos fotoquímicos en la naturaleza inanimada; ley muy simple, que dice: el efecto luminoso es igual al producto de la intensidad de la luz por la duración de la iluminación. La pretendida voluntad o el instinto del animal heliotrópico viene a ser el simple resultado del hecho de poseer en sus ojos (y a veces en la piel) sustancias que sufren una modificación química bajo la influencia de la luz. Los productos de tal reacción química obran luego sobre el estado de contracción de los músculos del cuerpo, y de ahí los diversos movimientos observados.

Nuestros caprichos y esperanzas, nuestras desilusiones y sufrimientos, toda nuestra vida interior tiene su origen en instintos comparables al he-

liotropismo: el hambre y la busca de los alimentos, la vida sexual con su poesía y todo lo que a ella atañe, el amor maternal con sus alegrías y sus dolores. Y es tan marcado el carácter químico de estos instintos que, podemos afirmarlo, el análisis físico-químico de nuestros actos es puramente cuestión de tiempo.

El instinto heliotrópico y las sustancias fotoquímicas que lo condicionan se transmiten por la vía de la herencia lo mismo que las particularidades morfológicas de la estructura, y otro tanto sucede con los instintos sobre que se edifica nuestra vida interior.

VIII. Somos máquinas químicas y nuestros instintos forman la base de nuestra moral. Comemos y nos reproducimos, automáticamente obligados a ello, y no porque los metafísicos lo hayan reconocido como conveniente. Desplegamos nuestra actividad, porque a ello somos incitados mecánicamente por los procesos de nuestro sistema nervioso, y si los hombres no son esclavos de las condiciones económicas, el instinto del «esfuerzo logrado» o del trabajo fecundo determinan la orientación de su actividad. La madre ama a sus hijos y les cuida, no porque los metafísicos hayan proclamado que tal amor es sublime, sino en virtud de una determinación orgánica ineludible. Condiciones hereditarias nos empujan a buscar la sociedad de los hombres. Luchamos por la justicia y la verdad y estamos dispuestos a sacrificar por ellas la vida, porque instintivamente queremos ver felices a nuestros semejantes.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

AVISO. — Ponemos en conocimiento de los suscritores que se les suspenderá el envío á aquellos que no estén al corriente de pago.



RECOMENDAMOS á nuestros lectores lean la siguiente página de avisos. Todas las obras científicas y literarias que nos pidan, las serviremos en seguida. Pago anticipado.

IMP. ALSINA, San José, Costa Rica

En la Sociedad de Agencias Editoriales

DE FALCÓ & ZELEDÓN

Están á la venta las siguientes importantes obras:

Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: \$ 0.50.

El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: \$ 0.50.

Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: \$ 1.00.

A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: \$ 2.00.

La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRETA. Un tomo empastado: \$ 1.50.

Las Tenazas

por PABLO HERVIRU. Comedia en tres actos: \$ 0.50.

El Rey del Aire

por EMILIO SALGARI. Esta obra se vende por entregas de 32 páginas y está ilustrada con 20 artísticas láminas. Consta de 12 cuadernos, á \$ 0.20 cada uno.

Daniel Cortis

por ANTONIO FOGAZZARO. Dos tomos en rústica: \$ 1.00.

El casamiento de Chiffon

por GYP. Un tomo en rústica ilustrado: \$ 0.50.

Auxiliar del Arquitecto y del Ingeniero constructor

por CARLOS SÉE, Ingeniero Civil. Un tomo empastado, con varios grabados: \$ 3.00.

CANJES DEL EXTERIOR

«Regeneración».—914, Boston Street.—Los Angeles, Cal. (U. S. A.)

«¡Tierra!»—Apartado 1316.—Habana (Cuba).

«Tierra y Libertad».—Calle Cadena, 39, 2º, 1ª.—Barcelona (España).

«Lea Temps Nouveaux», 4, rue Brocca.—París (Vo) (Francia).

«Infancia».—Curriales, 14, altos.—Montevideo (Uruguay).

«La Palabra Libre».—Tesoro, 7, pral.—Madrid (España).

«Cultura Obrera», 229, West St.—New York (U. S. A.)

«La Protesta».—Casilla 1181.—Lima (Perú).

«Luz y Vida».—Casilla 62.—Antofagasta (Chile).

«A Lanterne».—Casilla Postal, 195.—San Paulo (Rep. Brasil).

«La Acción Obrera».—México, 2207.—Buenos Aires (Rep. Arg.)

«Freedom».—127, Ossulston St.—London (N. W.)

«Despertar».—Durazno, 103.—Montevideo (Uruguay).

«Francisco Ferrer».—Chile, 1283.—Buenos Aires (Rep. Arg.)

«... hors du troupeau».—29, rue Recouvrance.—Orleans (Francia).

«Ideas y Figuras».—Sarmiento, 2021.—Buenos Aires (Rep. Arg.)

«L'Università Popolare».—Vía Carlo Poerio, N° 38.—Milano (Italia).

«La Protesta», de Buenos Aires.

«El Productor».—Casilla 30.—Santiago de Chile.

«Ideas».—Calle Yaguarón, N° 473.—Montevideo (Uruguay).

«La Protesta».—Casilla 52.—Santiago de Chile.

«A Guerra Social».—Casilla Postal, número 1427.—Rio Janeiro.—(Rep. B asil).

«Educación Sociológica», Durazno, 182.—Montevideo (Uruguay).

Agrupación «Tiempos Nuevos», Minas, 259.—Montevideo (Uruguay).

RECOMENDAMOS
REGENERACION — ¡TIERRA!
TIERRA Y LIBERTAD

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑÓLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadrados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.
El amor catedralico, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve á la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlöf.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Koïstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.

EN PRENSA

En preparación la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano JORGE ISAACS, **MARIA**.

La edición de esta obra á cargo de la «Biblioteca Domenech» será la mejor de cuantas se hayan publicado.

La ilustrará profusamente el celebrado dibujante J. JUNCEDA.

Nerto, Federico Mistral.
Sus hermanas, Henri Lavedan.
El Lunar, Alfredo de Musset.
La Puñalada, Marián Vayreda.
Ansias de Vida, Luis Q. Huertos.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Apuntes de un desconocido. — Las cerezas del cementerio.
El espada Montes. — La voz de las campanas
El dragón de fuego y Fausto que estaban agotadas hacía tiempo.